

## CINCUNETENARIO FACULTAD DE EDUCACION

Centro de Extensión

Noviembre 5 de 1992.

1.- Esta celebración da una buena oportunidad para hacernos de nuevo la pregunta sobre el sentido de una Facultad de Educación -no solo en general- sino en una Universidad Católica, y más aun en este y no en otro tiempo de la historia de la Iglesia y de la Sociedad.

2.- La educación es, para la Iglesia, algo así como el nexo, la bisagra entre la evangelización y la cultura. Hablo naturalmente de la educación en su conjunto, tanto de la educación formal como de la informal, por más que en el conjunto de la exposición me haya de referir de preferencia a la primera.

3.- La Iglesia anuncia y da testimonio del acontecimiento de la Redención: la Evangelización proclama la vida, el poder, la doctrina, la Pasión y Resurrección de Jesús de Nazareth. La aceptación de ese anuncio determina un cambio radical en el hombre y la mujer, tanto en sus vidas personales como en su vida social: el anuncio está destinado a cambiar el núcleo mismo de su cultura hasta que el mundo entero -el hombre incluido- sean mirados desde Jesucristo, establecido así en clave de interpretación de la realidad y en fuente de vida nueva.

4.- Se genera así un proceso complejo e indispensable de inculturación de la fe, o sea de penetración del Evangelio en un determinado medio socio-cultural, llamándolo a crecer según todos sus valores propios en cuanto ellos son conciliables con el Evangelio. El Evangelio se inserta así en una cultura, y esa cultura se introduce en la vida de la Iglesia.

5.- Entre nosotros, y hoy día, este proceso adquiere caracteres algo peculiares. La parte mayor de nuestra cultura reconoce su origen remoto en movimientos de evangelización ocurridos en el pasado. Las tradiciones culturales en las que vivimos, tanto la europea, tanto como la que podríamos llamar más propiamente americana, nacieron del encuentro dinamizador del Evangelio con los pueblos paganos en uno u

otro continente y en épocas diversas. La fuerza originaria, y muchas veces el sentido originario de esas culturas se han desdibujado y perdido, por la sustitución de los hechos medulares de la Revelación, por imitaciones o deformaciones generadas por el rechazo humano conciente o inconciente a ellos. Nuestra sociedad está profundamente necesitada de una nueva evangelización que lleve el mensaje de salvación y verdadera libertad a los hombres y mujeres de este instante y de los tiempos que vienen. En ese empeño, la educación católica es una de las acciones que pueden penetrar más profunda y permanentemente en el sustrato cultural de nuestra sociedad. Lo hará en la medida en que en ella se manifiesten el nuevo ardor, los nuevos métodos y la nueva expresión que ha pedido S.S. el Papa.

6.- El tiempo necesario para una caracterización, siquiera medianamente completa de lo que se espera de nosotros, rebasaría cualquier límite razonable para un discurso como éste. Por lo mismo, quisiera centrarme en aspectos ciertamente generales pero que tocan nuestra realidad universitaria y nuestros propios problemas de orientación académica.

El primer punto que debe quedar claro, es que no me estoy refiriendo a ninguna técnica o conjunto de técnicas pedagógicas, sino a la educación "sensu stricto", que es un rasgo definitorio de la sociedad humana. Hace unos cincuenta años que el eminente genetista Theodosius Dobzhansky hacía un paralelo entre la especie humana y el resto de las especies animales, señalando que la primera es la única en la que se observa una forma de transmisión hereditaria de caracteres que no se encuentran determinados en el patrimonio genético. Para ese observador que miraba desde las ciencias naturales, es esta herencia cultural transmitida por la educación, de generación en generación, la que explica los cambios en la especie humana, y les imprime la rapidez que los distingue del ritmo de la variación biológica. La analogía tiene su interés, porque la "herencia" cultural tiene las mismas características de estabilidad y variación que se hacen presente en el fenómeno biológico, pero al mismo tiempo aparece como un modo de ser característico y exclusivo de la especie humana.

Estabilidad y variación son desafíos permanentes del proceso educativo. Y en nuestros días se hace presente una especial necesidad de discernir, precisamente porque nos encontramos ante un torrente de cambios y de incitantes desafíos, que

proviene de las más diversas direcciones, y que nos invitan a ponerlos en la perspectiva de lo que es más propio y permanente del ser humano.

7.- Nuestra educación, mirada en general, tiene pendiente la tarea de resolver el dilema entre la cultura científico técnica y sus desarrollos actuales, por un lado, y la tradición humanística por el otro. Surgen inmediatamente las preguntas previas: ¿están nuestros educadores suficientemente compenetrados con el mundo realmente fabuloso de la ciencia y la técnica contemporáneas, pero no sólo con sus aspectos positivos o negativos más evidentes, sino con sus supuestos, sus desafíos, sus posibles sorpresas?. ¿Qué significa para nosotros la cultura científico-técnica, en la cual vivimos y dentro de la cual tenemos que educar? Y la pregunta que suelo formular en la Universidad: ¿Tiene todavía validez para nosotros algún sentido de las Humanidades que -perdónenme la redundancia- arraigue en un humanismo?. Y en la medida en que podamos aproximarnos a una respuesta a estas preguntas, podríamos acercarnos a entender qué sentido tiene la evangelización de esta cultura nuestra de hoy día, y por lo tanto la educación católica en el tiempo de la nueva evangelización.

8.- Todos los pueblos y estratos sociales del planeta se hallan sumergidos, en mayor o menor grado en esta cultura científico-técnica contemporánea. Esto no es una cuestión de opciones. Todos los aquí presentes p.ej., vivimos sumidos en un mundo de instrumentos técnicos que condicionan nuestro actuar, y cada uno de los cuales nos habla, más que de sí mismo en su materialidad, de muchas redes tupidísimas de conocimientos, habilidades y transacciones que cubren todo el mundo conocido. La forma más actual de la riqueza no se halla en los objetos, sino en el conocimiento incorporado a ellos.

Esta forma cultural tiene su origen remoto en la evangelización de Europa a través de la cual somos tributarios del occidente cristiano. Por mucho que ella penetre todos los ambientes, se trata de una línea de cultura "docta", que podríamos rastrear tal vez hasta Descartes con su énfasis en la "certitudo", en la certeza del conocimiento. El conocimiento sólo vale en la medida de que es seguro, lo que coloca naturalmente en el primer plano al sujeto que conoce. Es la afirmación básica de un individualismo determinante, que ha seguido el camino histórico de la metafísica occidental.

Son manifiestos los bienes que han sobrevenido por este camino. Es evidente que los últimos siglos han traído un progreso intelectual, espiritual y material de inmenso valor para la humanidad, el que ha acentuado y puesto de relieve de modo esplendoroso su condición "creativa".

Pero mientras avanzaba este progreso, se ha ido acentuando una desviación, que no era de ningún modo necesaria, por la que el hombre ha llegado a medir la verdad de su saber por la capacidad que este le otorga de apropiarse de la realidad. Este leve giro o desviación fué reconocido muy pronto por intelectuales ligados a la tradición humanista. Así por ejemplo, muy poco después de los días de Descartes, postulaba Gianbattista Vico que solo podemos demostrar aquello que producimos, afirmación que él esgrimía en contra de la físico-matemática de su tiempo, pero que había de llevar a una inversión de los términos según la cual solo aquello que podamos producir quedaría demostrado. La voluntad de certeza que movía al individuo ha terminado por mostrar un fantasma que se ocultaba tras ella: la voluntad de autoafirmación, la voluntad de poder. En la deriva de la historia ha llegado a ocurrir que todo lo que vemos o conocemos, la naturaleza, la sociedad, el hombre mismo, nos ha llegado a aparecer "prima facie" como materiales, como recursos disponibles para integrarse en un proceso general, que es más importante que los objetos que lo forman, hasta el punto de que, para asegurar la red de trabajo y de vida humana, es necesario que los objetos sean desechables y permanentemente reemplazados; y la necesidad de ese reemplazo permanente es mantenida por una propuesta constante de formas atrayentes de vivir que se difunde a través de una prodigiosa cantidad de medios de comunicación masiva. En cierta forma, estos crean la necesidad colectiva que el proceso de trabajo y producción va satisfaciendo. Tal vez como nunca antes en la historia, tienden a identificarse el mundo de ideas que se les van infiltrando a los hombres acerca de cómo quisieran vivir, y el mundo de realidades que está al menos potencialmente a su alcance para realizar esa forma de vivir.

La sociedad aparece entonces movida en un devenir constante que no tiene sin embargo ninguna dirección. En un pasado no lejano, los hombres buscaron el sentido de su existencia en procesos, como la evolución, el progreso, la personalización, la construcción del comunismo, etc., procesos supuestamente inexorables que marcaban un sentido, una flecha en el camino de la historia, y que suponían un bien, un valor

positivo que alcanzar. Pero todas esas interpretaciones suponían jerarquías de valores, con valores superiores que regulaban a los demás. El cuestionamiento radical de la capacidad del hombre de acceder a la verdad sobre el ser de las cosas, terminó vaciando de su contenido a los más altos valores y trajo a luz como sustrato de toda realidad a la mera voluntad de poder. Es esta la que subyace a muchos de los aspectos que lamentamos dentro del magnífico conjunto del progreso: la afirmación incondicionada del individuo, el profundo escepticismo religioso, la explotación inmisericorde de los más débiles, la mendacidad pública, la corrupción de las costumbres, nuestro consumismo, nuestro mal llamado "hedonismo", nuestra violencia ciudadana, y en último término nuestra drogadicción, nuestro SIDA. Paradójicamente, hay incluso una suerte de ecologismo panteísta, que no piensa en el mundo como la morada que le ha sido confiada al hombre, sino en un presunto equilibrio trascendental de las cosas naturales, que parece ser una forma en que termina ejerciéndose la voluntad de autoafirmación, la voluntad de poder al estar privada de valores ciertos que buscar.

9.- El educador católico es partícipe de un mundo abierto de deslumbrantes perspectivas: la nueva mirada sobre la condición de la mujer, el surgimiento y consolidación de la sociedad democrática, los derechos humanos y la libertad individual; el acceso a condiciones de vida más dignas del hombre; la conservación de la naturaleza; el desarrollo de la técnica; los caminos de interpretación que abren las ciencias; son todos desafíos fascinantes; pero él debe saber que su tarea es iluminar el germen mismo de esa floración con la luz de la verdad que presidió a su origen y cuyo oscurecimiento en las mentes de la humanidad es capaz de transformar -como lo vemos a diario- todas esas posibilidades de vida en instrumentos de corrupción y de muerte.

10.- Esta afirmación del individuo que es autónomo porque en último término es él mismo origen y fuente del bien y la verdad ha conducido a una crisis de esta civilización científico técnica. Tiene algún interés recordar que esta crisis fue prevista casi en los albores de la filosofía moderna, por ejemplo por Gianbattista Vico, quien, anclado en la tradición humanista percibió, contra la pretensión de certeza absoluta que: "todo lo que el hombre puede saber es limitado e imperfecto igual que el hombre mismo", y previno contra el olvido del estudio del hombre. "En vista de que hoy día el

único fin de los estudios es la verdad (certeza), investigamos la naturaleza de las cosas porque ella aparece cierta, y no investigamos la naturaleza del hombre porque ella parece-por el arbitrio (la libertad)-totalmente incierta". Y buscando otra base para edificar un pensamiento sobre el ser humano, la encuentra en el mundo "civil" en la convivencia social, en la historia, en el derecho, en la poesía, en cuya observación pueden encontrarse los rasgos más generales y profundos de la condición humana: ".....este mundo civil ha sido hecho ciertamente por los hombres, y por esto pueden encontrarse sus principios dentro de las modificaciones de nuestra propia mente humana.....justamente (los distintos pueblos) por sus vías distintas y contrarias han sido llevados por sus mismas necesidades a vivir como hombres con justicia....." Y descubre en los rasgos básicos de la vida social, en aquellos que le parecen ser comunes a todos los pueblos, los principios de una ciencia nueva de las naciones. Para él, fue la religión la única fuerza que pudo en la noche del pasado, conseguir que el ser humano caído en el pecado y reducido a condición de fiera, se aviniera a la vida social movido por el temor, y diera origen a las instituciones primeras que serían el matrimonio y los ritos funerarios y sepulturas, base de la estabilidad social y de la división de la tierra. Según su concepción, "cuando nacen ideas uniformes en pueblos que no se conocen entre ellos, debe haber un motivo común de verdad" y argumenta que todas las naciones en todos los rincones del mundo guardan tres conductas propiamente humanas: todas tienen alguna religión; todas contraen matrimonio de modo solemne; todas entierran (con sagrada solemnidad) a sus muertos".

No trato naturalmente de reivindicar la particular interpretación de Vico sobre la historia humana, sino de destacar la intuición fundamental de que una vida social, abierta a la trascendencia de Dios y plasmada en instituciones universales es el verdadero fondo en el cual comparece la condición humana. El conocimiento del mundo por la certeza científica, viene a ser una sola de entre múltiples determinaciones posibles del espíritu humano junto a la cual se encuentran la poesía, la fantasía, el derecho, la historia etc.

Esta noción entronca con la noción humanista de cultura de la que hablaba Cicerón en las Disputaciones Tusculanas, en un texto muy importante: "cultura animi philosophia est". Para captar cabalmente esta afirmación, hay que ver que un poco más adelante cuando Cicerón hace el elogio de la "philosophia" (TD V,2), lo hace en un sentido muy particular, y que se asemeja mucho a lo que hoy llamaríamos simplemente cultura:

"¡oh, filosofía, guía de la vida!..... Tú diste a luz ciudades, tú reuniste a los hombres que se hallaban dispersos en una vida de sociedad, los juntaste entre ellos primero por las moradas, luego como cónyuges, y por la comunidad de lenguas y expresiones.....tú fuiste la que inventó leyes, fuiste maestra de costumbres y de disciplina....." Obviamente la "philosophia" que es "cultura animi", no es la filosofía en el sentido que se le suele dar hoy a esta palabra, ni es tampoco una forma exquisita y refinada de vida intelectual, sino una actividad humana fundamental en la vida social, algo, como decía, muy parecido a lo que entenderíamos hoy por "cultura".

Hay, sin embargo, una diferencia bien fundamental con las definiciones etnológicas o sociológicas de la cultura, que son las de uso predominante hoy día. Estas derivan en último término de la que hizo en 1871 el antropólogo inglés Edward Tylor cuando escribía: ".....la cultura o la civilización es aquel conjunto complejo que comprende el saber, las creencias, el arte, la ética, las costumbres y toda otra aptitud o hábito adquirido por el hombre como miembro de una sociedad.....", y es una definición al estilo de las de las ciencias naturales. En contraste, Cicerón agrega a las palabras ya citadas: "Un solo día en el que se actúe bien y de acuerdo a tus preceptos (los de la filosofía), es preferible a una inmortalidad en pecado....." La "philosophia" y por ende la cultura, tienen claramente una connotación de superación moral, que corresponde por otra parte al verbo del que deriva la palabra cultura, (colo) y que quiere decir trabajar y cultivar, pero también amar, honrar, reverenciar, adorar. Se dice "colere Deum" como se dice "colere agrum". La "cultura animi" de la cual habla el maestro clásico del humanismo, es una característica fundamental de la sociabilidad humana, precisamente porque ella busca el bien del hombre. No es éticamente neutra.

La actividad científica o cualquiera otra del hombre se entronca en su ser personal y social, dado e irrenunciable, (regido por las exigencias morales que emanan de su propia naturaleza y en las cuales esta se despliega hacia su plena dignidad). Citando a Ernesto Grassi en un comentario sobre Vico : "jamás las ciencias de la naturaleza resuelven problemas de la verdad. Ellas sirven a determinados fines; sus descubrimientos tienen por ende sólo la apariencia de lo verdadero: pues si bien ellas poseen validez general y están fundadas en leyes, solamente poseen estas cualidades dentro de un marco que ha sido establecido no en función de lo verdadero sino de determinados fines..... "En ese sentido entonces, las humanidades son el

fundamento de las ciencias naturales.

10.- Hoy en la universidad y en el ambiente culto en general se advierte por todos lados, un deseo vehemente de fundar los logros científico-técnicos sobre una base humanista. Aunque para un positivista lógico como Ayer p.ej. todas las proposiciones empíricas sean meramente hipotéticas, la verdad es que los hallazgos más fundamentales de las ciencias le van dando un alimento nuevo de preguntas y problemas a la tarea de descubrir el hombre, tarea que es propia de las humanidades. La nueva Biología, la nueva Física, la nueva Cosmología, las nuevas Matemáticas, la nueva Psicología, la nueva Sociología, hacen que el hombre se interroge sobre sí mismo, sobre sus límites, sobre su sentido. Ese es el campo de ejercicio de la cultura que viene, y por lo mismo, es el campo de la Educación. Esta no es una técnica, ni siquiera un quehacer aislado. Debe estar compenetrada con el mundo real de la cultura adveniente. Por eso pienso que uno de los síntomas más inquietantes que se observan en nuestro ambiente intelectual y universitario es la tentación de construir como mundos aparte los de las Humanidades, la Educación, la Ciencia y la Técnica. Es el amor a la sabiduría (philosophia) el que construye la ciudad del hombre, el que le da límites y fundamentos a sus modos distintos de conocer, el que justifica y establece la sociabilidad humana. La base de toda ciencia, de toda técnica, de todos los studia humanitatis es el mismo ser humano, lo que explica el relieve que adquiere hoy la aproximación antropológica.

11.- Es precisamente por eso que a través de la Educación se le puede llegar a insuflar un sentido a la cultura.

¿Qué significa un sentido?

La etimología de las palabras suele ser útil para delimitar su alcance, sobre todo cuando ellas se han gastado y trivializado por el uso. El alemán antiguo tiene la palabra *sinnan* de la cual deriva *Sinn*, el sentido, y que significa andar, viajar, perseguir. La misma raíz indogermánica se encuentra en "sent", el sendero que se sigue. El acto de perseguir y el hecho del sendero remiten a la superación de un extravío, al encuentro de un camino: el sentido es el camino que convierte la espesura en un espacio humano, espacio para caminar sin perderse.



Y así se entiende lo que la Evangelización le da a la cultura a través de la Educación : le da un sentido, le da un camino. No es que nosotros lleguemos a Cristo a través de una composición de los hechos culturales. Es por el contrario que desde ese camino adquieren significado y jerarquía todos los hechos de la vida individual y social. En el misterio (la palabra misterio remite también a una suerte de camino) del Verbo Encarnado empieza a aclararse el misterio del hombre. Y así se podría pensar que para nuestra universidad católica hoy, su gran servicio al mundo está en la línea de la antropología cristiana, y creemos que el fundamento de la antropología cristiana es la Cristología.

12.- Como conclusiones yo quisiera dejar las siguientes:

La Educación es un medio privilegiado, un nexo necesario entre la urgente nueva evangelización y la cultura. Para hacer que ese nexo sea efectivo, la educación católica debe salir al encuentro del mundo de la cultura que llega -cultivando sí, y por supuesto sus métodos y disciplinas propias, por amor a ellas, por la fascinación que ejercen- pero sin cegarse respecto de las realidades culturales que está llamada a fecundar. Y el fin de esa educación católica, es restablecer el sentido en la cultura humana, el sentido de la verdad sobre Dios, la verdad sobre el hombre, la verdad sobre el mundo, que nos ha sido entregada gratuitamente en la persona de Cristo, verdad que no se impone sino que se propone, pero que hay que proponer porque en ella se encuentra el bien trascendente para todos los seres humanos.